

Matt
Haig

LOS RADLEY

Traducido del inglés por Roberto Falcó

Viernes

Tus instintos se equivocan. Los animales dependen de ellos para sobrevivir en el día a día, pero nosotros no somos animales. No somos leones, ni tiburones, ni buitres. Somos seres civilizados y la civilización sólo funciona si se suprimen los instintos. Así que aporta tu grano de arena a la sociedad y no hagas caso de esos deseos oscuros de tu interior.

El manual del abstemio (2.^a ed.), p. 54

17 Orchard Lane

Es un lugar tranquilo, sobre todo de noche.

Tan tranquilo, cabría pensar, que resulta inconcebible que algún tipo de monstruo viva en sus bonitas calles sombreadas por árboles.

De hecho, en el pueblo de Bishopthorpe, a las tres de la madrugada, resulta fácil creer la mentira a la que han sucumbido sus residentes: que es un lugar donde vive gente buena y tranquila que lleva una vida buena y tranquila.

A esta hora, los únicos sonidos que se oyen son los propios de la naturaleza. El ululato de un búho, el ladrido lejano de un perro o, en una noche con brisa como esta, el confuso susurro del viento al pasar entre los sicomoros. Aunque te encontraras en la calle principal, justo enfrente de la tienda de disfraces, del *pub* o de la salchichonería selecta El Glotón Hambriento, no oirías ruido de tráfico ni verías el grafiti obsceno que decora la antigua oficina de correos (aunque tal vez alcanzarías a leer BICHO RARO si forzaras la vista).

Lejos de la calle principal, en algún lugar como Orchard Lane, si salieras a caminar de noche y pasaras

frente a las casas de época de notarios, médicos y directores de proyecto, encontrarías todas las luces apagadas y las cortinas corridas, aislándolas de la noche. O así sería hasta que llegaras al número 17, donde verías el resplandor de una ventana del piso superior que se filtra a través de las cortinas.

Y si te detuvieras y aspiraras el frío y reconfortante aire nocturno verías en primer lugar que el número 17 es una casa a tono con las de su alrededor. Quizá no tan espléndida como su vecina más próxima, la del número 19, con su amplio camino de acceso y elegantes características de estilo regencia, pero aún así a la altura del entorno.

Transmite la sensación y tiene el aspecto que cabría esperar de una casa familiar de pueblo: no es muy grande, pero sí lo suficiente, sin nada fuera de lugar ni que desentone. Una casa de ensueño en muchos sentidos, como dirían los agentes inmobiliarios, y sin duda perfecta para que crezcan los niños.

Sin embargo, al poco tiempo te darías cuenta de que hay algo raro en ella. Bueno, quizá no te «darías cuenta». Tal vez no te percatarías de forma consciente de que incluso la naturaleza crece al amparo de un manto de sosiego alrededor de esta casa, de que no se oyen pájaros ni otras criaturas, de que reina el silencio. Sin embargo, puede que el instinto te llevara a preguntarte por esa luz encendida y que sintieras un escalofrío, y no por la brisa nocturna.

Si esa sensación fuera en aumento, podría convertirse en un miedo que te daría ganas de irte del lugar,

de echar a correr, pero probablemente no lo harías. Observarías la bonita casa y la camioneta estacionada y pensarías que son propiedad de unos seres humanos de lo más normales que no representan ninguna amenaza para el mundo exterior.

Si pensaras esto, te equivocarías, ya que el 17 de Orchard Lane es el hogar de los Radley y, a pesar de los grandes esfuerzos que realizan, son cualquier cosa menos normales.

La habitación vacía

—Tienes que dormir —se dice a sí mismo, pero de nada le sirve.

La luz encendida a las tres de la madrugada de este viernes es de él, de Rowan, el mayor de los dos hijos de los Radley. Está despierto, a pesar de que se tomó una dosis de pastillas para dormir seis veces superior a la recomendada.

Siempre está despierto a estas horas. Si tiene suerte, una buena noche, se quedará dormido alrededor de las cuatro para despertarse de nuevo a las seis o un poco más tarde. Dos horas de sueño atormentado e inquieto en las que lo acecharán violentas pesadillas que no entiende. Pero la de hoy no es una buena noche, porque tiene el sarpullido que le molesta, sopla esa brisa que azota la ventana y sabe que seguramente tendrá que ir a la escuela sin haber descansado.

Deja el libro: *Poesías completas* de Byron. Oye a alguien que camina por el rellano, pero no para ir al baño, sino a la habitación vacía.

Se abre la puerta del armario del calentador de agua, donde olean la ropa de cama. Se oye un ruido,

como si estuvieran hurgando entre las sábanas, unos momentos de silencio hasta que oye que ella sale de la habitación. De nuevo, no es algo del todo raro. A menudo ha oído levantarse a su madre en plena noche para dirigirse a la habitación vacía con un objetivo secreto por el que nunca ha preguntado.

Entonces oye que regresa a la cama y el confuso murmullo de sus padres a través de la pared.

Sueños

Helen vuelve a la cama, tensa debido a los secretos. Su marido lanza un suspiro, extraño, ansioso, y se arrima a ella.

—¿Qué demonios haces?

—Intento besarte —dice él.

—Por favor, Peter —repite ella. Siente una punzada de dolor en la cabeza, en la parte posterior de las órbitas—. Es de madrugada.

—Claro, no como todas las demás veces, cuando te encanta que te bese tu marido.

—Creía que estabas durmiendo.

—Y así era. Estaba soñando. Era bastante emocionante. Nostálgico, de hecho.

—Peter, vamos a despertar a los niños —dice ella, aunque sabe que Rowan todavía tiene la luz encendida.

—Vamos, sólo quiero besarte. Tuve un sueño fabuloso.

—No. No quieres eso. Quieres más. Quieres...

—¿Y qué te preocupa? ¿Las sábanas?

—Sólo quiero dormir.

—¿Qué hacías?

—Tenía que ir al baño. —Está tan acostumbrada a mentir que le sale de forma natural.

—Esa vejiga... cada vez aguanta menos.

—Buenas noches.

—¿Recuerdas a la bibliotecaria que llevamos a casa?

Helen percibe cierto toque malévolo en su pregunta.

—Cielos, Peter. Eso sucedió en Londres. No estamos hablando de Londres.

—Pero, cuando piensas en noches como esa, ¿no sientes ganas de...?

—No. Sucedió hace una eternidad. Ya no pienso en ello.

Una súbita punzada de dolor

Por la mañana, poco después de despertarse, Helen se incorpora y toma un sorbo de agua. Desenrosca el bote de pastillas de ibuprofeno y se lleva una a la lengua, como si fuera una hostia consagrada.

Se la traga y, en el momento en que desciende por su garganta, su marido, que se encuentra a tan solo unos pasos, en el baño, siente una súbita punzada de dolor.

Se cortó afeitándose.

La sangre reluce en su piel húmeda e impregnada de aceite.

Es preciosa. De un rojo intenso. La toca, observa la mancha que le dejó en el dedo y se le acelera el corazón. Lo acerca más y más a la boca, pero antes de alcanzar el objetivo oye algo. Unos pasos rápidos que se precipitan hacia el baño. Acto seguido, un intento de abrir la puerta.

—Papá, ¿me dejas entrar...? Por favor —dice su hija Clara, que golpea con fuerza la gruesa puerta de madera.

Accede a los deseos de su hija, que entra a toda prisa y se inclina sobre el inodoro.

—Clara —dice Peter mientras ella vomita—. ¿Qué te pasa?

La chica se incorpora. Está pálida, viste el uniforme de la escuela y lanza una mirada desesperada a su padre a través de los lentes.

—Ay, Dios —exclama ella, que voltea de nuevo hacia el inodoro. Vomita otra vez. Peter lo huele y atisba algo. Se estremece; no por el vómito, sino por lo que sabe que significa.

Al cabo de unos segundos, todos están allí. Helen se arrodilla junto a su hija, le acaricia la espalda y le dice que no pasa nada. Y su hijo Rowan está en la puerta, con la crema de protección solar de factor 60 a medio extender.

—¿Qué le pasa? —pregunta.

—Estoy bien —dice Clara, que no quiere público—. De verdad, ya me encuentro mejor. Estoy bien.

Y las palabras permanecen suspendidas en el aire del baño y lo vician con su falsedad cargada de olor a vómito.

El número

Clara tiene que esforzarse para interpretar su papel toda la mañana, prepararse para la escuela como si todo fuera normal, a pesar de la horrible sensación que tiene en el estómago.

Resulta que el sábado pasado subió un poco más la vara y pasó de ser vegetariana a vegana entregada y de tiempo completo en un intento de caer un poco mejor a los animales.

Como a los patos que no querían su pan, los gatos que no querían que los acariciara, los caballos al aire libre junto a Thirsk Road que se volvían locos cada vez que ella pasaba a su lado. No podía quitarse de la cabeza aquella visita escolar a Flamingo Land, en la que los flamencos se aterrorizaron y huyeron antes de que ella llegara al lago. O sus pececitos de colores, Rhett y Escarlata, que tan poco duraron; los únicos animales domésticos que le habían permitido tener. El horror se apoderó de ella aquella mañana cuando los encontró flotando panza arriba en el agua, con las escamas descoloridas.

En este momento, siente que su madre no deja de mirarla mientras saca la leche de soya del refrigerador.

—Si tomaras leche normal, te sentirías mucho mejor. Aunque fuera descremada.

Clara duda que el proceso de descremado de la leche la convierta en un alimento vegano, pero hace acopio de fuerzas para sonreír.

—Estoy bien. No te preocupes, en serio.

Ahora están todos ahí, en la cocina: su padre bebe café recién hecho y su hermano devora un surtido de embutidos.

—Peter, díselo. Se va a enfermar.

Peter se toma un momento. Las palabras de su mujer deben abrirse paso entre el ancho río rojo de sus pensamientos y desembocar, empapadas y exhaustas, en el estrecho delta del deber paterno.

—Tu madre tiene razón —dice él—. Te vas a enfermar.

Clara vierte la controvertida leche en su granola de nueces y semillas, y las náuseas aumentan por momentos. Quiere pedir que bajen el volumen de la radio, pero sabe que si lo hace parecerá que se encuentra peor.

Al menos Rowan se pone de su parte, con su estilo desgano.

—Es soya, mamá —dice con la boca llena—. No heroína.

—Pero tiene que comer carne.

—Estoy bien.

—Mira —dice Helen—, creo que sería mejor que te quedaras en casa. Si quieres, llamo yo a la escuela.

Clara niega con la cabeza. Le había prometido a Eve que esa noche iría a la fiesta de Jamie Southern,

por lo que deberá acudir a la escuela para tener la oportunidad de que la dejen salir. Además, aguantar un día entero escuchando propaganda procárnica no la ayudará a sentirse mejor.

—Me siento mucho mejor, de verdad. No volveré a vomitar.

Su madre y su padre llevan a cabo el típico ritual de intercambiar mensajes con la mirada que Clara no sabe descifrar.

Peter se encoge de hombros. («Lo que le pasa a papá es que —había dicho Rowan en una ocasión— todo le importa una mierda».)

Helen se siente tan derrotada como cuando puso la leche de soya en el carro unas noches antes, bajo la amenaza de Clara de convertirse en anoréxica.

—De acuerdo, puedes ir a la escuela —dice su madre al final—. Pero ten cuidado, por favor.

Cuarenta y seis

Llegas a cierta edad —a veces son los quince, a veces los cuarenta y seis— y te das cuenta de que el estereotipo que adoptaste no funciona. Eso es lo que le está sucediendo a Peter Radley en estos momentos, mientras mastica un pan tostado multicereales con mantequilla y observa el plástico transparente y arrugado que contiene el resto de la hogaza.

El adulto racional y respetuoso con la ley, con su mujer y su coche y sus hijos y sus donativos domiciliados a WaterAid.

Anoche sólo quería sexo. Sexo humano e inofensivo. ¿Y qué sucedió? Nada. Tan solo un abrazo fugaz. Una mínima muestra de fricción corporal sin sangre. Bueno, le habría gustado llegar más lejos, pero podría haberse contenido. Lleva haciéndolo diecisiete años.

«Pues a la mierda», piensa.

Decir palabrotas lo hacía sentirse bien, aunque sólo fuera de pensamiento. Había leído en el *British Medical Journal* que había estudios que confirmaban que decir groserías aliviaba el dolor.

—A la mierda —murmura en voz tan baja que Helen no lo oye—. A la mierda.

Realismo

—Me preocupa Clara —dice Helen mientras le da la lonchera a Peter—. Hace una semana que es vegana y ya está enferma. ¿Y si se desencadena algo más?

A duras penas oye a su mujer. Tiene la mirada fija en el oscuro caos de su portafolio.

—Tengo un montón de basura aquí adentro.

—Peter, me preocupa Clara.

Él tira dos bolígrafos al bote.

—A mí también me preocupa. Me preocupa mucho. Pero tampoco se me permite ofrecer una solución, ¿no es cierto?

Helen niega con la cabeza.

—No me vengas con esas, Peter. Ahora no. Esto es serio. Me gustaría que nos enfrentáramos a este problema como adultos. Quiero saber tu opinión sobre lo que deberíamos hacer.

Peter suspira.

—Creo que deberíamos decirle la verdad.

—¿Qué?

Respira hondo e inhala el sofocante aire de la cocina.

—Creo que es el momento de contárselo a los chicos.

—Debemos protegerlos. Y toda nuestra vida. Tienes que ser realista.

Él cierra el portafolio.

—Ah, realismo. No va mucho con nosotros, ¿no crees?

Entonces observa el calendario. La bailarina de Degas y las cuadrículas abarrotadas con la letra de Helen. Los recordatorios de las reuniones del grupo de lectura, las salidas al teatro, el bádminton, las clases de pintura... El suministro infinito de «cosas que hacer». Incluida la de hoy: «Cena con los Felt aquí, 19:30. Lorna traerá el primer plato».

Peter se imagina a su guapa vecina sentada frente a él.

—Mira, lo siento —dice—. Estoy un poco irritable. Bajo de hierro. Es que a veces todas estas mentiras me superan.

Helen asiente. Lo sabe.

Peter se da cuenta de la hora que es y se dirige hacia la puerta.

—Es el día en que recogen la basura —dice su mujer—. Y hay que sacar todo lo del reciclaje.

«Reciclaje. —Peter suspira y levanta la caja llena de botes y botellas—. Recipientes vacíos que esperan su resurrección».

—Sólo me preocupa que, cuanto más tiempo pase sin comer lo que debería, más aumenten las probabilidades de que ansíe...

—Lo sé, lo sé. Ya se nos ocurrirá algo. Pero ahora tengo que irme, de verdad. Ya es muy tarde.

Peter abre la puerta y ambos ven el cielo azul, que no presagia nada bueno y refulge con una advertencia deslumbrante.

—Ya casi se acaba el ibuprofeno, ¿verdad?

—Sí, creo que sí.

—Pararé en la farmacia cuando vuelva por la tarde. Tengo un dolor de cabeza horrible.

—Sí, yo también.

Peter besa a su mujer en la mejilla y le acaricia el brazo con un fugaz gesto de ternura, un recordatorio microscópico de lo que eran, y entonces se va.

Enorgullécete de actuar como un ser humano corriente.

Lleva un horario diurno, busca un trabajo normal y la compañía de gente con un sentido claro del bien y del mal.

El manual del abstemio (2.^a ed.), p. 89

Mundo de fantasía

En el mapa, Bishopthorpe parece el esqueleto de un pez. Una calle principal que conforma la espina dorsal, con callejuelas y calles sin salida que no conducen a ninguna parte. Un lugar muerto, que deja a sus habitantes jóvenes con hambre de algo más.

Es bastante grande para ser un pueblo y tiene varias tiendas en la calle principal. Pero de día parece lo que son: una mezcla ecléctica de comercios especializados que no tienen nada en común. La refinada tienda de exquisiteces culinarias, por ejemplo, se encuentra al lado de Mundo Fantasía, la tienda de disfraces, que, de no ser por los trajes de su escaparate, podría confundirse fácilmente con una *sex-shop* (y, de hecho, tiene una salita en la trastienda donde venden «juguetes de fantasía para adultos»).

El pueblo no es autosuficiente. Ya no hay oficina de correos y el *pub* y el local de *fish and chips* no tienen el mismo volumen de negocio que antes. Hay una farmacia, junto al consultorio médico, y una zapatería infantil que, al igual que Mundo Fantasía, atiende a gente que viene de York o Thirsk. Pero eso es todo.

Rowan y Clara creen que Bishopthorpe es un lugar sin esencia que depende de los autobuses, de las conexiones de internet y otras vías de escape. Un lugar que se engaña a sí mismo y se considera el arquetipo del pintoresco pueblo inglés, pero que, como la mayoría de los lugares, no es más que una gran tienda de disfraces con trajes más sutiles.

Y, si vives aquí durante suficiente tiempo, al final debes tomar una decisión: compras un disfraz y finges que te gusta o te enfrentas a la verdad de quién eres en realidad.

Factor 60

A plena luz del día, Rowan no puede reprimir una sensación de sorpresa al comprobar lo pálida que está su hermana.

—¿Qué crees que es? —le pregunta mientras pasan junto a unas cajas de reciclaje sobre las que se cierne una nube de moscas—. Me refiero a tu malestar.

—No lo sé... —La voz de Clara se apaga, como las melodías de los pájaros asustados que perciben su proximidad.

—Tal vez mamá tenga razón —dice Rowan.

Clara hace una pausa, buscando fuerzas.

—Eso lo dice el chico que come carne roja en todas las comidas.

—Bueno, antes de que te pongas en plan Gandhi, deberías saber que no existen los verdaderos veganos. O sea, ¿tienes idea de la cantidad de seres vivos que existen en una zanahoria? Millones. Una verdura es como una metrópolis de microbios, de modo que te estás echando una ciudad entera cada vez que hierves una zanahoria. Piensa en ello. Cada plato de sopa es un apocalipsis.

—Eso es una... —Tiene que dejar de hablar de nuevo.

Rowan se siente culpable por provocarla. Su hermana es la única amistad que tiene. Y, sin duda, la única con la que puede ser él mismo.

—Clara, estás muy muy pálida —dice en voz baja—. Incluso para ser tú.

—Me gustaría que todo el mundo dejara de repetírmelo —replica ella e intenta poner en orden una serie de argumentos que había encontrado en los foros de *vegan-power.net*. Por ejemplo, que los veganos viven hasta los ochenta y nueve años y sufren menos casos de cáncer, y que algunas actrices de Hollywood muy sanas, como Alicia Silverstone, Liv Tyler y la radiante aunque algo aletargada Zooey Deschanel, no dejan que ningún producto animal les roce los labios. Pero para ella supondría un gran esfuerzo decir todo eso, de modo que no se molesta en intentarlo.

—Es este clima lo que me enferma —dice mientras desaparecen las últimas náuseas.

Es mayo y el verano va a llegar pronto, por lo que tal vez tenga razón. Rowan tampoco se encuentra muy bien. La luz hace que se sienta débil, como si su piel fuera una gasa, a pesar de la ropa y el bloqueador factor 60 que se puso.

El chico se fija en la lágrima refulgente que asoma en la comisura de los ojos de su hermana, que podría deberse a la exposición a la luz solar, pero también podría ser consecuencia de la desesperación, por lo que decide poner fin a su ofensiva antivegana.

—Quizá tengas razón —dice—. Pero todo saldrá bien. De verdad. Y creo que la ropa de cáñamo te quedará de lujo.

—Qué gracioso —logra decir ella.

Pasan frente a la oficina de correos cerrada y Rowan se apaga al ver que el grafiti sigue ahí: ROWAN RADLEY ES UN BICHO RARO. Entonces pasan junto a Mundo Fantasía, cuyos piratas han sido sustituidos por maniqués con un exiguo vestuario discotequero de colores fosforescentes, bajo un cartel que dice: HERE COMES THE SUN.

El consuelo no se hace esperar. Al pasar por delante de El Glotón Hambriento, Rowan echa un vistazo hacia el mostrador refrigerado que brilla en el oscuro interior y que constituye una visión reconfortante. Sabe que el jamón serrano y el de Parma estarán esperando allí a que se los coman. Pero un leve aroma a ajo lo obliga a apartar la cabeza.

—¿Vas a ir a la fiesta esta noche? —le pregunta a su hermana mientras se frota los ojos cansados.

Clara se encoge de hombros.

—No lo sé. Creo que Eve quiere que vaya. Según cómo me encuentre.

—Bueno, está bien, sólo deberías ir si...

Rowan ve al chico que se encuentra un poco más adelante. Es su vecino, Toby Felt, que se dirige hacia la misma parada de autobús. Una raqueta de tenis sobresale de su mochila como la flecha del símbolo del género masculino.

Es un muchacho delgado y raquítico que una vez, hace un año, le meó en la pierna a Rowan, cuyo único

crimen, al parecer, fue permanecer demasiado tiempo en el urinario de al lado.

«Yo soy el perro —le dijo Toby, con una mirada fría y burlona, mientras dirigía el chorro dorado hacia él—. Tú, el farol».

—¿Te encuentras bien? —le pregunta Clara.

—Sí, no pasa nada.

Ahora ven el local de *fish and chips* de Miller, con su cartel mugriento (en el que aparece un pez comiéndose una patata frita y riéndose de lo irónico de la escena). La parada del autobús está enfrente. Toby ya está allí, hablando con Eve. Y ella sonríe. Antes de que Rowan se dé cuenta de lo que hace, empieza a rascarse el brazo, lo que empeora diez veces más su sarpullido. Oye la risa de Eve mientras el sol amarillo se alza sobre los tejados y ese sonido le causa el mismo dolor que la luz.

Setter rojo

Peter lleva los botes y las botellas vacías por el camino de grava hacia la acera cuando ve a Lorna Felt, que se dirige al número 19.

—Hola, Lorna —la saluda—. ¿Sigue en pie lo de esta noche?

—Ah, sí —responde ella como si acabara de recordarlo en ese momento—. La cena. No, no lo hemos olvidado. Prepararé un poco de ensalada tailandesa.

Para Peter, Lorna Felt no es una persona real, sino un compendio de ideas. Siempre se recrea en su refulgente y maravillosa melena pelirroja, en su piel bien cuidada y su ropa cara y pseudoboemia, y le viene a la cabeza la idea de vida. De emoción. De tentación.

La idea de culpabilidad. Horror.

Lorna sonrío de forma coqueta. Es una invitación al placer.

—Ay, Nutmeg, para. ¿Qué te pasa?

Entonces se da cuenta de que su vecina está acompañada de su *setter* rojo, aunque seguro que lleva un buen rato gruñéndole. Observa la escena mientras la perra se echa hacia atrás e intenta quitarse el collar sin éxito.

—Ya te lo he dicho antes, Peter es un hombre de lo más agradable.

«Un hombre de lo más agradable».

Mientras observa los dientes afilados de la perra, prehistóricos y de perfil salvaje, le sobreviene un leve mareo. Una especie de vértigo que podría estar relacionado con el sol, que se alza en el cielo, o que también podría tener algo que ver con el aroma que transporta la brisa.

Algo más dulce y sutil que la infusión de saúco del perfume de Lorna. Algo que sus sentidos aturdidos ya no suelen detectar.

Pero está ahí, tan real como lo demás.

El fascinante aroma de su sangre.

Peter se mantiene tan cerca del seto como puede para aprovechar al máximo la poca sombra que hay. Intenta no pensar demasiado en el día que le espera ni en el esfuerzo silencioso que deberá hacer para pasar un viernes que apenas se diferencia de los últimos mil. Unos viernes que no le han ofrecido emoción alguna desde que se trasladaron aquí desde Londres para renunciar a sus antiguas costumbres y fines de semana de abandono salvaje y sangriento.

Está atrapado en un estilo de vida que no debería ser el suyo. Un hombre de clase media y mediana edad, portafolio en mano, que siente todo el peso de la gravedad y la moralidad y todas las demás fuerzas humanas opresivas.

Cerca de la calle principal, uno de sus pacientes ancianos pasa junto a él en un *scooter* eléctrico. Un hombre mayor cuyo nombre debería saber.

—Hola, doctor Radley —le dice el anciano con una sonrisa vacilante—. Iré a visitarlo más tarde.

Peter se comporta como si ya lo supiera y se aparta del camino de la moto.

—Ah, sí. Tengo ganas de verlo.

Mentira. Siempre las malditas mentiras. El mismo nimio ritual de la existencia humana.

—Hasta luego.

—Sí, hasta luego.

Sigue caminando pegado al seto, a punto de llegar al consultorio, cuando ve un camión de la basura que avanza lentamente por la carretera hacia él. La direccional parpadea, listo para dar vuelta a la izquierda por Orchard Lane.

Peter mira de pasada a los tres hombres que van en la cabina. Al ver que uno de ellos, el que está sentado del lado de la acera, lo observa fijamente, él le ofrece una sonrisa al estilo de Bishopthorpe. Pero el hombre, al que Peter no reconoce, le lanza una mirada de odio.

Después de dar unos pasos más, se detiene. El camión toma Orchard Lane. Entonces se da cuenta de que el hombre lo sigue mirando con esos ojos que parecen saber quién es en realidad. Peter niega con un gesto leve de la cabeza, como un gato que se sacude el agua, y toma el estrecho camino que conduce al consultorio.

Elaine está en su puesto de trabajo, la ve a través de la puerta de cristal, ordenando expedientes de pacientes. Abre la puerta para enfrentarse a otro viernes sin sentido.

El día brilla sobre los moribundos y los muertos

El cansancio se apodera de Rowan con una serie de ataques narcolépticos, como el que está sufriendo en este momento. Anoche durmió unas dos horas. Un poco más de lo habitual. Ojalá estuviera tan despierto como a las tres de la madrugada. Cada vez le pesan más los párpados y se imagina que se encuentra junto a su hermana, hablando tranquilamente con Eve, como una persona normal.

Sin embargo, oye un susurro en el asiento de atrás.
—Buenos días, lerdo.

Rowan no dice nada. Ahora no podrá dormir. Y, además, es demasiado peligroso. Se frota los ojos, saca su libro de Byron e intenta concentrarse en un verso. En cualquiera. Alguno a la mitad de «Lara».

«El día brilla sobre los moribundos y los muertos».

Lo lee una y otra vez, intentando olvidarse de todo lo demás. Pero entonces el autobús se para y Harper, la segunda persona a quien más teme Rowan, sube. En realidad se llama Stuart Harper, pero dejaron de llamarlo por su nombre de pila en décimo, en algún lugar del campo de rugby.

«El día brilla sobre los moribundos y los muertos».

Harper arrastra su gigantesco cuerpo por el pasillo y Rowan oye que se sienta al lado de Toby. En algún momento del trayecto, siente que algo le golpea repetidamente en la cabeza. Después de unos cuantos golpes se da cuenta de que es la raqueta de tenis de Toby.

—Eh, lerdo. ¿Qué tal el sarpullido?

—Lerdo —se ríe Harper.

Para alivio de Rowan, Clara y Eve aún no miran hacia atrás.

Toby le echa el aliento en la nuca.

—Eh, bicho raro, ¿qué lees? Eh, Petirrojo... Que qué lees.

Él ladea la cabeza.

—Me llamo Rowan —dice. O masculla. El *me* suena como un susurro áspero; su garganta es incapaz de encontrar un hilo de voz a tiempo.

—Zoquete —le suelta Harper.

Rowan intenta concentrarse en el mismo verso.

«El día brilla sobre los moribundos y los muertos».

Toby insiste.

—¿Qué lees? Petirrojo, te hice una pregunta. ¿Qué lees?

Rowan levanta el libro a regañadientes y el otro se lo arranca de las manos.

—Marica.

Él voltea.

—Devuélvemelo. Por favor. Oye... ¿Me devuelves el libro?

Toby le da un codazo a Harper.

—La ventana —le dice.

Aquel parece confundido o reticente, pero se pone de pie y abre la estrecha ventana superior.

—Vamos, Harper. Hazlo.

Rowan no ve que el libro cambie de manos, pero eso es lo que sucede, y entonces lo ve caer volando en la carretera, como un pájaro al que le acaban de disparar. Childe Harold, Manfred y Don Juan, todos se pierden en un abrir y cerrar de ojos.

Le dan ganas de enfrentarse a ellos, pero se siente débil y cansado. Además, Eve aún no se ha dado cuenta de la humillación de la que es víctima y no quiere hacer nada que permita que eso suceda.

—Uy, mi querido Petirrojo, lo siento mucho, pero creo que extravié tu libro de poesía gay —dice Toby con voz amanerada.

Los chicos que están sentados a su alrededor ríen de miedo. Clara voltea, con curiosidad. Y Eve también. Ven que la gente ríe, pero no el motivo.

Rowan cierra los ojos. Desearía estar en 1812, en un carruaje oscuro y solitario, tirado por caballos, con Eve luciendo un sombrero sentada a su lado.

«No me mires. Por favor, Eve, no me mires».

Cuando abre de nuevo los ojos, comprueba que el deseo le fue concedido. Bueno, en parte. Sigue en el siglo XXI, pero Eve y su hermana siguen hablando, ajenas a lo que acaba de suceder. Clara se agarra al respaldo del asiento de enfrente. Salta a la vista que no se encuentra bien y Rowan espera que no vomite en el autobús, porque, a pesar de lo mucho que odia

ser el blanco de la atención de Toby y Harper, no quiere que se ensañen con ella. Sin embargo, gracias a algún tipo de señal invisible, detectaron su miedo y se pusieron a hablar de las dos chicas.

—Esta noche Eve es mía, Harps. Le voy a invitar un trago, amigo, te lo digo.

—Ah, ¿sí?

—Tranquilo. Tú también vas a ligar. La hermana del marica está loca por ti. Se le cae la baba.

—¿Qué?

—Es obvio.

—¿Clara?

—Si le diera un poco el sol y se quitara las gafas, no estaría nada mal.

Rowan nota que Toby se inclina hacia adelante y le susurra:

—Tenemos una pregunta. A Harper le gusta tu hermana. ¿Cuánto cobra por pasar la noche con ella? ¿Diez libras? ¿Menos?

Rowan es presa de la ira.

Quiere decir algo, pero no puede. Cierra los ojos y se asusta con lo que ve: Toby y Harper sentados donde están, pero rojos y desollados, como los dibujos anatómicos que muestran la estructura muscular, y con mechones de pelo aún en su sitio. Parpadea varias veces para borrar la imagen. Y no hace nada para defender a su hermana. Se queda ahí sentado y se traga el desprecio que siente hacia sí mismo, preguntándose qué habría hecho Lord Byron.

Fotografía

No es más que una fotografía.

Un momento congelado del pasado.

Un objeto físico que ella puede sujetar, algo perteneciente a la época anterior a las cámaras digitales y que nunca se ha atrevido a escanear y grabar en su computadora. «París, 1992», dice la nota del dorso. Como si necesitara ponerla. Desea que la foto ni siquiera existiera y que nunca le hubieran pedido a ese pobre y desconocido transeúnte que se la sacara. Pero existe y, aunque sabe que está ahí, no puede romperla ni quemarla, ni siquiera abstenerse de mirarla, por mucho que se empeñe.

Porque es él.

Su conversor.

Una sonrisa irresistible que brilla en una noche jamás olvidada. Y ella, esbozando una sonrisa, tan feliz y despreocupada que resulta irreconocible, ahí en Montmartre, con una minifalda, los labios pintados de rojo sangre y la mirada refulgente de peligro.

—Loca inconsciente —le dice a su antiguo yo mientras piensa: «Aún podría tener ese aspecto si quisiera, o casi tan bueno. Y aún podría ser así de feliz».

Aunque la imagen ha perdido algo de color debido al paso del tiempo y al calor de su escondite, conserva ese efecto dichoso y horrendo al mismo tiempo.

«Recobra la compostura».

Deja la fotografía de nuevo en el armario del calentador. Toca ese gran depósito con el brazo y no lo aparta. Está caliente, pero desearía que lo estuviera aún más. Lo suficiente para escaldarla y hacerle sentir todo el dolor que necesita para olvidar su delicioso sabor, que no ha probado en mucho tiempo.

Recobra la compostura y baja las escaleras.

Observa entre los listones de madera la ventana delantera mientras el basurero avanza por el camino de su casa para llevarse su basura. Pero no lo hace. Al menos no de inmediato. Levanta la tapa del cubo, abre una de las bolsas negras y hurga en ella.

Ve a un compañero que le dice algo al hombre y este tapa el cubo y lo acerca al camión.

Lo levanta, lo inclina y lo vacía.

El basurero mira hacia la casa. La ve y ni siquiera parpadea. Tan sólo se queda allí, observándola fijamente.

Helen retrocede, se aparta de la ventana y se siente aliviada al cabo de un instante cuando el camión sigue su camino calle abajo.

Fausto

Estudian alemán en una inmensa y antigua sala con el techo alto, del que cuelgan ocho luces de tubo. Dos de ellas se encuentran en el limbo del parpadeo: no funcionan bien, pero tampoco dejan de hacerlo, lo cual no le alivia nada el dolor de cabeza a Rowan.

Está ahí sentado, arrellanado en la silla al fondo de la clase, escuchando a la señora Sieben mientras lee el *Fausto* de Goethe con su habitual estilo histriónico.

—*Welch Schauspiel!* —dice, con los dedos juntos, como si estuviera saboreando un plato que acabara de preparar—. *Aber ach! Ein Schauspiel nur!* —Alza la vista del libro hacia los rostros inexpresivos de sus alumnos de diecisiete años—. *Schauspiel?* ¿Nadie?

Una obra de teatro. Rowan conoce la palabra, pero no levanta la mano, ya que nunca tiene el valor de hablar voluntariamente en voz alta delante de la clase, menos aún si Eve Copeland se encuentra entre los presentes.

—¿Nadie? ¿Nadie?

Cuando la señora Sieben hace una pregunta, levanta la nariz, como un ratón que olisquea en busca de queso. Sin embargo, hoy se va a quedar con hambre.

—Descompongan el nombre. *Schau spiel*. Ver representación. Una obra o cualquier otra cosa que se represente en un teatro. Goethe arremetía contra la falsedad del mundo. «¡Menuda pantomima! ¡Pero *ach*, ay, no es más que una pantomima!» A Goethe le gustaba decir *ach* bastante a menudo —añade, con una sonrisa—. Era el señor Ay. —Barre la sala con una mirada que no presagia nada bueno y sus ojos se cruzan con los de Rowan en el momento equivocado—. Ahora pidamos la colaboración de nuestro propio señor Ay. Rowan, ¿te importaría leer el fragmento de la siguiente página, la veintiséis? El que empieza con... A ver... —Sonríe, vio algo—: *Zwei Seelen wohnen, ach! in meiner Brust*. «Dos almas viven [o *habitan* o *moran*], ¡ay!, en mi pecho, o mi corazón...» ¡Prosiga, Herr Ay! ¿Qué espera?

Rowan ve las caras que lo miran fijamente. Toda la clase estira el cuello para ser testigo del ridículo espectáculo que ofrece un adolescente petrificado ante la idea de hablar en voz alta. Eve es la única que no levanta la mirada del libro, en un posible intento de aliviar su bochorno. Un bochorno del que ella misma ya ha sido testigo, como la semana pasada en la clase de lengua, cuando lo obligaron a leer el fragmento en el que Otelo se dirige a Desdémona. («Dé-dé-déjame ver tus ojos —murmuró sin apartar la vista de la edición de Arden—. M-m-mírame a la cara».)

—*Zwei Seelen* —dice, y oye a uno de sus compañeros intentando contener una risa. Y entonces su voz resuena como si tuviera vida propia y por primera vez

en todo el día se siente despierto, pero no es una buena sensación. Es la actitud alerta del domador de leones y de los escaladores renuentes, y Rowan sabe que se encuentra al borde de la catástrofe.

Se detiene entre palabra y palabra, presa del miedo, consciente de que su lengua podría pronunciar algo mal en cualquier momento. La pausa entre *meiner* y *Brust* dura cinco segundos y una eternidad y su voz se debilita a cada palabra, vacilante.

—*Ich bin der Geist der st-stets verneint* —lee. «Soy el espíritu que siempre niega».

A pesar de los nervios, siente una extraña conexión con las palabras, como si no pertenecieran a Johann Wolfgang von Goethe, sino a Rowan Radley.

Soy la picazón que nunca rascan.
Soy la sed que nunca es saciada.
Soy el chico que nunca lo logra.

¿Por qué es así? ¿Qué está negando? ¿Qué le daría fuerza suficiente para tener confianza en su propia voz?

Eve sostiene un bolígrafo, le da vueltas entre los dedos, lo mira concentrada como si fuera una vidente muy dotada y el bolígrafo algo que pudiera revelar el futuro. Rowan tiene la sensación de que se avergüenza de él y ese pensamiento lo mortifica. Mira a la señora Sieben, pero sus cejas enarcadas le dicen que tiene que continuar, que su tortura aún no ha acabado.

—*Entbehren sollst du!* —prosigue con una voz que no resalta el signo de admiración—. *Sollst entbehren!*

La señora Sieben lo interrumpe.

—Vamos, dílo con pasión. Son palabras apasionadas. Las entiendes, ¿verdad, Rowan? Pues vamos. Proyecta la voz.

Todas las miradas están clavadas en él de nuevo. Incluso la de Eve, fugazmente. Están disfrutando de la escena del mismo modo en que la gente disfruta de las corridas de toros o de los concursos de televisión crueles. Rowan es el toro con las banderillas clavadas, que se desangra y cuya agonía quieren alargar.

—*Entbehren sollst du!* —dice de nuevo más fuerte, pero no lo suficiente.

—*Entbehren sollst du!* —suplica la señora Sieben—. «¡Niégate a ti mismo!» Son palabras muy fuertes, Rowan. Necesitan de una voz fuerte. —Le lanza una cálida sonrisa.

«¿Qué cree que hace? —se pregunta él—. ¿Forjarme el carácter?»

—*Entbehren sollst du!*

—Más. *Mit* pasión, ¡vamos!

—*Entbehren sollst du!*

—¡Más fuerte!

El corazón le late desbocado. Lee las palabras que va a pronunciar a gritos para quitarse de encima a la señora Sieben.

Entbehren sollst du! Sollst entbehren!

Das ist der ewige Gesang.

Respira hondo, cierra los ojos, al borde de las lágrimas, y oye su voz, más fuerte que nunca.

—¡Niégate a ti mismo! ¡Debes negarte a ti mismo! ¡Es la canción que nunca acaba!

Pero hasta que no pronuncia la última palabra no se da cuenta de que lo gritó en inglés. Las risas contenidas se convierten en carcajadas y los demás estudiantes se desternillan sobre los pupitres, histéricos.

—¿Qué es tan gracioso? —le pregunta Eve a Lorelei Andrews, enfadada.

—¿Por qué son tan raros los Radley?

—Él no es raro.

—No. Es verdad. En el planeta de los bichos raros encaja a la perfección. Pero yo me refería a la Tierra.

El bochorno de Rowan aumenta desbocado. Se fija en el bronceado caramelizado de Lorelei y en sus ojos de Bambi maligno e imagina su combustión espontánea.

—Muy buena traducción, Rowan —dice la señora Sieben, que intenta aplacar las carcajadas. Luce una sonrisa amable—. Estoy impresionada. No sabía que eras capaz de traducir con tal precisión.

«Yo tampoco», piensa él. Pero entonces ve a alguien a través del cristal armado de la puerta. Alguien de otra clase que corre por el pasillo. Clara, que se dirige a los lavabos a toda prisa, con una mano en la boca.

Al otro lado de la cortina

El decimocuarto paciente del día de Peter se encuentra al otro lado de la cortina, bajándose los pantalones y los calzoncillos. Él procura no pensar en lo que se va a ver obligado a hacer dentro de un minuto mientras se pone los guantes de látex. Se limita a quedarse ahí sentado, intentando dar con algo que asuste a Clara para que vuelva a comer carne.

«¿Daños nerviosos?»

«¿Anemia?»

Hay unos cuantos problemas de salud posibles causados por falta de vitamina B y hierro. Sin embargo, existe un riesgo al que no habían tenido que enfrentarse cuando los niños eran pequeños: el de las segundas opiniones de personas como la enfermera de la escuela, a la que Rowan decidió ir a ver debido a su sarpullido y que le dijo que dudaba que fuera fotodermatosis. ¿Todavía vale la pena? ¿Valen la pena todas estas mentiras? ¿Vale la pena que por su culpa sus hijos se enfermen? Lo peor de todo es que ellos creen que a él no le importa nada, pero lo cierto es que no le está permitido preocuparse, no del modo que él quiere.

—A la mierda —articula sin pronunciar las palabras, en silencio—. A la mierda.

Peter tiene suficiente experiencia como médico para saber que la tranquilidad y la confianza son un medicamento. Había leído varios artículos sobre el efecto placebo y los trucos que se utilizaban para aumentar la confianza de los pacientes. Conocía los estudios que demostraban que el Oxazepam surte mayor efecto en el tratamiento de la ansiedad si la pastilla es verde y es mejor para la depresión si es amarilla.

De modo que en ocasiones así se justifica las mentiras a sí mismo. Tan sólo tiñe la verdad como si fuera una pastilla.

Pero a medida que pasa el tiempo le resulta más duro.

Mientras permanece sentado esperando al anciano, un póster de su pizarrón de corcho lo mira fijamente, como siempre.

Una gran gota de sangre en forma de lágrima.

Y con el habitual tipo de letra en negrita del NHS:
SÉ UN HÉROE. DONA SANGRE.

El reloj hace tictac.

Oye ruido de ropa y el anciano carraspea.

—Bueno. Ya... Estoy... Puede...

Peter se desliza al otro lado de la cortina y hace lo que requiere su trabajo.

—No es nada grave, señor Bamber. Tan sólo necesita un poco de crema, eso es todo.

El anciano se sube los calzoncillos y los pantalones y parece a punto de romper a llorar. Peter se quita el

guante y lo deposita con cuidado en la pequeña papetera destinada a tal efecto. La tapa hace un ruido seco al cerrarse.

—Ah, bien —dice el señor Bamber—. Eso está bien.

Peter lo mira a la cara: las manchas de la edad, las arrugas, el pelo alborotado, los ojos ligeramente lechosos. Por un instante siente tal rechazo ante su propio futuro, que él mismo ha acortado, que apenas puede hablar.

Voltea y mira otro póster de la pared. Elaine debe de haberlo puesto. Una fotografía de un mosquito y una advertencia sobre la malaria para sus pacientes que se van de vacaciones.

BASTA CON UN MORDISCO.

Casi rompe a llorar.

Algo malvado

Clara tiene las palmas de las manos empapadas en sudor.

Tiene la sensación de que alberga algo horrible en su interior. Un veneno que debe expulsar de su cuerpo. Algo vivo. Algo malvado que se está apoderando de ella.

Unas chicas entran al baño y alguien intenta abrir la puerta de su cubículo. Clara se queda quieta e intenta respirar a pesar de la sensación de mareo, pero no puede contenerla y esta avanza a la velocidad del vértigo.

«¿Qué me está pasando?»

Vomita de nuevo y oye voces fuera.

—Vamos, señorita Bulimia, ya debes de haber expulsado todo el almuerzo. —Una pausa. Entonces—: Uf, qué olor tan repugnante.

Reconoce la voz de Lorelei Andrews.

Alguien llama a la puerta con suavidad. Oye a Lorelei otra vez, pero hablando en voz más baja:

—¿Estás bien?

Clara hace una pausa.

—Sí —responde.

—¿Clara? ¿Eres tú?

No contesta. Lorelei y alguien más se ríen.

Ella espera a que se vayan y luego jala la cadena. Afuera, en el pasillo, Rowan está apoyado en los azulejos de la pared. Se alegra de ver su cara, la única que podría soportar en ese momento.

—Te vi corriendo por el pasillo. ¿Te encuentras bien?

Toby Felt pasa a su lado en ese preciso instante y le da un golpe en la espalda a Rowan con la raqueta de tenis.

—Sé que mueres por tener algo de acción, zoquete, pero es tu hermana. Eso no está bien.

Él no tiene nada que decir, o nada que tenga el valor de decir en voz alta.

—Es un idiota —dice Clara con un susurro—. No sé qué le ve Eve.

Se da cuenta de que su comentario disgusta a su hermano y se arrepiente de haberlo dicho.

—Creía que habías dicho que no le gusta —dice él.

—Bueno, eso pensaba yo. Imaginaba que por ser ella una persona con un cerebro completamente funcional no le gustaría, pero, bueno... me parece que sí le gusta.

Rowan se esfuerza por fingir indiferencia.

—Bueno, en realidad no me importa. Puede gustarle quien quiera. En eso consiste la democracia.

Suena el timbre.

—Intenta olvidarla —le aconseja Clara mientras se dirigen a su siguiente clase—. Si quieres que deje de ser su amiga, lo haré.

Rowan suspira.

—No digas tonterías. No tengo siete años. Mira, sólo me gustaba un poco, eso es todo. No fue nada.

Entonces Eve aparece de repente detrás de ellos.

—¿Qué es lo que no era nada?

—Nada —responde Clara, que sabe que su hermano está demasiado nervioso para hablar.

—Nada era nada. Un pensamiento muy nihilista —responde él.

—Pertenece a una familia de nihilistas.

Si te has abstenido toda la vida, realmente no puedes saber lo
que te estás perdiendo. Pero la sed sigue ahí, en lo más
profundo, debajo de todo lo que haces.

El manual del abstemio (2.^a ed.), p. 120